

**SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR - MISA DE MEDIANOCHE**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**25 de diciembre de 2012**  
**Is 9, 1-6; Tit 2, 11-14; Lc 2, 1-14**

Queridos hermanos y hermanas:

Esta noche santa nos permite adentrarnos en el misterio de nuestro Dios hecho hombre. Lo hacemos con admiración, con respeto, con alegría, con estupor contenido porque sabemos que todo es grandeza de amor, que todo está a nuestro favor, a favor de la humanidad, sin excluir a nadie.

Nuestra vigilia de alabanza y de meditación de la Palabra de Dios nos ayuda a tomar conciencia una vez más del misterio de Navidad. De tomar conciencia, por tanto, de la doble generación del Hijo de Dios: "Dios de Dios" y hombre nacido de la virgen María (cf. credo). La oración de los salmos, iluminada por la revelación evangélica, nos ha recordado el origen eterno del Niño que acogen Santa María y su esposo San José y que es anunciado a los pastores. Los salmos que hemos orado nos recordaban que *en el principio ya existía la Palabra* (cf. Jn 1, 1), que antes del tiempo y desde toda la eternidad Dios Padre engendró al Hijo, igual a él. Hemos cantado *el Señor me ha dicho: Tú eres mi hijo: Yo te he engendrado hoy* (Sal 2, 7); esta frase, rezada en el seno de la revelación bíblica, nos remite al núcleo de la fe cristiana sobre la persona divina de Jesucristo, "nacido del Padre -de la misma naturaleza divina que él- antes de todos los siglos", tal como profesamos en el Credo. Es una realidad que supera nuestra concepción limitada al espacio y al tiempo, pero la confesamos con fe, particularmente ante el misterio del Niño hijo de María. Esta palabra del Padre dirigida al Hijo desde toda la eternidad -*Tú eres mi hijo: Yo te he engendrado hoy*- tenía, en nuestra vigilia, una correspondencia que refleja el diálogo eterno en el amor inefable entre el Padre y el hijo. Al *tú eres mi hijo* corresponde indefectiblemente y por toda la eternidad la respuesta filial: *eres mi Padre, aleluya!* (Cf. Sal 88, 27).

Si la primera parte de la vigilia nos remitía a la generación divina y eterna del Hijo de Dios, el evangelio que acabamos de escuchar nos ha hablado de su nacimiento en el tiempo, como hijo de la Virgen María, nacido en el seno de una familia pobre y en la simplicidad de un pesebre. Conocedores por la fe de la dignidad del recién nacido, esta noche queremos salirle espiritualmente al encuentro y unirnos a la alabanza de los ángeles.

Es impresionante la humanidad y la humildad de nuestro Dios, que tiene los rasgos de su familia de Nazaret, de aquella madre de casa del carpintero y de aquellos familiares que los conciudadanos conocían suficientemente (cf. Mt 13, 54-55). Un filósofo existencialista y escritor francés de mediados del s. XX, había intuido lo que podía ser este misterio, pero sin llegar dar el paso de la fe. Lo dejó escrito en 1940 para sus compañeros cristianos del campo de prisioneros donde se encontraba. Sitúa la escena en la noche de Navidad, y se centra en María. Se la imagina justo después del parto, contemplando con ternura el rostro de su bebé, consciente de la experiencia única que le es dado vivir, y reflexionando en su corazón: Cristo es su hijo, fruto de sus entrañas. Le ha llevado nueve meses y ahora le dará el pecho; su leche de madre se convertirá en la sangre de Dios, se dice. Lo mira y piensa: "este Dios es mi hijo. Esta carne divina es mi carne. Está hecho de mí misma, tiene mis ojos, la forma de su boca es la forma de la mía. Se me parece. ¡Es Dios y se me parece!" "Ninguna otra mujer -se dice en su corazón- ha tenido en este mundo su Dios para ella sola. Un Dios pequeñísimo que se puede coger en brazos y llenar de besos, un Dios que sonrío y que respira, un Dios

que se puede tocar y que está bien vivo" (cf. Jean Paul Sartre, *Barioná, el hijo del trueno*; cf. *L'Osservatore romano*, 21.11.2012, p. 5).

El misterio de esta noche se sitúa entre dos polos, entre la grandeza y la trascendencia adorables del Hijo eterno de Dios y la ternura de Niño que reproduce los rasgos de la madre y que se deja nutrir y columpiarse dulcemente mientras se va adaptando a vivir entre la humanidad para que los seres humanos nos podamos adaptar a vivir con Dios y de Dios.

Este contraste entre el nacimiento del Padre desde siempre y el nacimiento en el tiempo para mostrarnos el camino de la vida y del amor restaurando los errores existenciales de la humanidad, aún queda más dramáticamente marcado por aquella afirmación del Evangelio: *no tenían sitio en la posada*. Viene a los suyos para ser plenamente solidario, y los suyos no le hacen sitio (cf. Jn 1, 11). También esto forma parte del misterio de esta noche, de la solidaridad de Dios con los pobres y los excluidos. En nuestros días, vemos con una crudeza cada vez más creciente cómo aumenta el drama de la marginación y de la pobreza debido a las consecuencias de la crisis económica. Y si siempre tenemos que estar atentos y ser solícitos, mucho más aún en Navidad. Esta noche en la que *no había* un techo digno para acoger al Hijo de Dios que había de nacer, os proponemos participar en una colecta a favor de Cáritas. Esta entidad de Iglesia destina una parte muy importante de los recursos que recibe a paliar problemas de vivienda y de desahucio, a ayudar a pagar hipotecas y alquileres, o recibos de luz y de gas a personas que ya hace años necesitan su ayuda o a otras, cada vez más numerosas, que llaman por primera vez a sus puertas.

Nuestra solidaridad se extiende, también, a los que se ven obligados a pasar esta Navidad lejos de casa debido al trabajo, la falta de medios de subsistencia, la violencia o la persecución; quiero expresar un recuerdo especial para el obispo Pere Casaldàliga que, debido a su defensa insobornable de los derechos de los indios frente a los latifundistas, volvió a recibir amenazas de muerte y ha tenido que dejar, esperamos que provisionalmente, su hogar.

María después del nacimiento de Jesús fue descubriendo su fisonomía en el rostro del Hijo que había puesto en el mundo. Lo he mencionado hace un momento recordando una narración sobre Navidad. Esta semejanza del Hijo de Dios con los rostros humanos no es sólo poesía, tiene un contenido muy real y no se limita a su madre María. Nos implica también a nosotros, porque el Hijo se ha hecho hombre para que la humanidad pueda participar de su vida divina. Al retirarnos a descansar esta noche o mañana por la mañana nos miremos al espejo, continuaremos constatando que nuestros ojos, la forma de la boca, la fisonomía del rostro se parecen a los de nuestros progenitores. Pero después de celebrar el misterio de esta noche del nacimiento de Jesús y de habernos unido a él en la Eucaristía, deberíamos descubrir en el fondo de nuestros ojos, en la mirada interior del corazón, en nuestra capacidad de amar, un reflejo del Hijo de Dios hecho hombre, un reflejo de Jesús y sus bienaventuranzas porque con su encarnación, nos ha tocado personalmente y nos ha querido hacer semejantes a él, como él ha hecho semejante a nosotros.